

*missarum solennia* en todas las Iglesias de nuestra diócesis, el primer domingo después de recibidas, y os enviamos Nuestra bendición pastoral.

Dada en Nuestro Palacio episcopal de San Luis Potosí, el día 12 de Marzo del año del Señor de 1885, décimocuarto aniversario de Nuestra consagración.

✠ IGNACIO,

OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ.



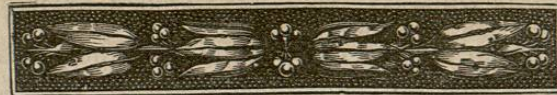
## DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA CATEDRAL DE SAN LUIS POTOSÍ EL DÍA

14 DE FEBRERO DE 1885, AL TOMAR POSESIÓN

DEL OBISPADO.





*Cum his qui oderunt pacem, eram pacificus:  
dum loquebar illis impugnabant me gratis.*

Hasta con los que aborrecían la paz, era yo pacífico: apenas les hablaba, me atacaban sin motivo alguno.

Ps. cxix. 6.

**G**XTRAÑAS son, en verdad, en los labios de David, las quejas que profiere en el salmo CXIX. Que Salomón, cuyo reinado fué todo de paz, se dé á sí propio el dictado de Rey Pacífico, que el Espíritu Santo mismo le confiere, nos parece muy natural y muy justo; pero apenas podemos creer que se glorie de tal título aquel David á quien los partidarios de Absalón increpaban, llamándolo varón sanguinario; *vir sanguinum*. Desde su infancia, como él mismo contó á Saul, se ejercitaba en matar al lobo y al león que asaltaban el rebaño de su padre. Inauguró su carrera derribando con su honda al gigante Goliat y arrancándole sin piedad la cabeza. Compró á Micol su esposa con doscientos



cadáveres de Filisteos. Mereció que las doncellas de Israel entonasen himnos en su honor porque había dado la muerte á diez mil enemigos: *percussit Saul mille et David decem millia virorum*. Su reinado, en Hebrón y en Salén, fué una guerra no interrumpida, ya contra el mismo Rey Saul, ya contra los Filisteos y Moabitas, ya, por último, contra su propio hijo Absalón; y á tal grado, que el Señor le prohibió edificar el Templo que tanto deseaba, por ser hombre de guerra y haber derramado sangre. . . .

Y este sempiterno lidiador es el que viene diciéndonos: he sido pacífico hasta con los que me han hecho la guerra. Sin causa me han calumniado, sin causa me han asaltado, sin causa han peleado contra mí: yo siempre les hablé de paz, y les dirigí palabras de amor; pero apenas desplegaba mis labios, ellos se desataban en injurias y denuesos. *Cum his qui oderunt pacem eram pacificus; dum loquebar illis impugnabant me gratis*.

Por extraño que nos parezca, justicia tenía el Rey David para apellidarse pacífico. Por conservar la paz en el ganado de su padre, disparaba su honda contra el lobo carnicero; por conservar la paz á Israel, cuando hasta los más fuertes desmayaban, derramó la sangre del Filisteo; por orden de Dios combatió contra el monarca delincuente ó contra los insolentes gentiles, y sólo el deber lo hizo defender á su pueblo contra el desnaturalizado Absalón. Pero su corazón no abrigaba odios ni rencores, ni combatía por instintos sanguinarios, ni se deleitaba en la guerra. Paz respiraba su alma; paz proferían sus labios, paz ofrecía sinceramente aun á aquellos que la deseaban.

Si hoy por primera vez empuñara el báculo pastoral, me bastaría saludaros, como hace catorce años á mis primeros diocesanos, con las sencillas palabras: la paz sea con vosotros, *pax vobis*. Pero ya dos rebaños he regido con este mismo cayado, y en ambos me ha sido preciso servirme de este instrumento de amor, como de arma de combate. No falta quien en tono de reproche me apellide *virum sanguinum*, como á David; ni han dejado tampoco de oirse coros de doncellas de Israel que celebren victorias cantando: *percussit decem millia virorum*. Al ofreceros, pues, en nombre del cielo esa paz divina que el mundo no da, conviene ante todo á vuestro Pastor, hacer su propia apología, diciéndoos con el profeta David: pacífico soy de corazón; pacífico soy hasta con los que aborrecen la paz; y si he recogido alguna vez el guante arrojado por los enemigos de Cristo, ha sido forzado por ellos mismos, compelido por el altísimo deber de defender á la grey que el Espíritu Santo me confiara.

Entre vosotros, fieles de San Luis Potosí, que tantas muestras habéis dado en todos tiempos de piedad, de fe, de religiosidad, de amor á la Iglesia y á sus Pastores, entre vosotros espero vivir en paz; y yo de cierto no la perturbaré. La paz de Cristo os ofrezco, venerable Cabildo. En mi primera diócesis carecí de este cuerpo tan útil, y pude sentir la falta que hace á un Prelado este *adjutorium* tan sabiamente establecido por el Derecho eclesiástico. En mi segundo obispado, la pequeña corporación que encontré ó formé, fué siempre mi sostén y mi auxilio. Con los individuos que la componen, y con el Cabildo como tal, guardé siempre la más santa har-



monía; y ésta, venerables Hermanos, será mayor, si es posible, con vosotros, dada la antigua amistad que con muchos me liga.

La paz os doy, venerable clero secular. Preguntad á los que he gobernado, y os dirán que aun en las circunstancias más difíciles, mi yugo ha sido suave en extremo, y la dulzura ha sido mi norma. Que el hombre que de repente se ve investido de un mando que jamás ha ejercido, se muestre despótico, y se complazca en hacer sentir el peso de su imperio, es muy natural y á nadie sorprende. Pero no debéis esperarlo de quien se ha ejercitado en mandar desde la adolescencia, en mayor ó menor escala; de quien ha sido catorce años Obispo, y no puede deleitarse, por tanto, en el oropel de una autoridad ya no nueva.

Paz y renacimiento os deseo, venerandos restos del clero regular. Iglesias, casas, inmunidades, privilegios; todo está seguro bajo mi gobierno. Sea cual fuere el Santo que aclamáis por fundador, la regla que profesáis, el hábito que debáis vestir, amigos y auxiliares sois de quien se proclama vuestro amigo y aliado.

¡Madres de familia, piadosas asociaciones, devoto femenino sexo en general! Á vosotras con más razón que á nadie debo ofrecer la paz de Cristo, y aseguraros que en todas vuestras empresas sagradas, en todos vuestros trabajos seré vuestro cooperador, vuestro sostén, vuestro guía; y que á la educación de vuestras hijas dedicaré mi atención de un modo especialísimo.

La paz sea contigo, juventud estudiosa, sea cual fuere la profesión á que aspire. Aunque tan recortada en estos días la orla del manto episcopal, no dejará de cubrir

á cuantos á él se acogieren, trayendo el tributo de la docilidad, la obediencia y la virtud.

Paz, paz sempiterna á todo mi pueblo. Cuantos habéis sido bautizados en Cristo, sois mis hijos y ovejas, y de todos soy padre y Pastor. El pobre y el rico se encontrarán y se necesitarán mutuamente; á entrambos los ha criado el Señor, dice la Escritura; *dives et pauper obviaverunt sibi, utriusque operator est Dominus* (PROV. XXII. 2). ¿Qué gritos destemplados son esos que he venido escuchando, apenas he pisado el territorio de mi nueva diócesi? ¿Qué sería de vosotros, oh pobres, si en lugar de los que actualmente os proporcionan pan y trabajo, se colocaran los que os excitan á la rebelión? ¡Oh ricos de la tierra! Con la Cruz y no con la fuerza, con la religión sola podéis tener sujetos á los que de vosotros dependen. Profesad y propagad los principios católicos, que sólo os salvarán de los males que la codicia y la envidia quieren acarrearos.

¡Varones estudiosos que os aplicáis á las letras y á las ciencias, que ejercéis las diversas profesiones tan necesarias á la humanidad! Mis gustos particulares me acercan á vosotros: no os alejéis de vuestro Pastor ni de la Iglesia cuyo seno os amamantó.

¡Bellas y útiles artes y oficios, siempre protegidos por la Iglesia Católica! Ella no puede ya, como en tiempos mejores, impulsar vuestro progreso, ni contribuir á vuestro adelanto, con tesoros que ya no posee; pero en cuanto le es posible os seguirá protegiendo, y á su nombre envió la paz á cuantos os cultivan y ejercen.

También á vosotros (¿y por qué no?) también á vosotros os ofrezco la paz, amados hijos que habéis sido co-



locados por las circunstancias en puestos más ó menos altos y os halláis revestidos de autoridad. Hace pocas semanas un insigne magistrado de la vecina República, que, católico entre colegas heterodoxos, único de raza latina entre compañeros sajones, sirve con fidelidad al Estado, á la Iglesia y á su casta, me decía estas palabras, doblemente notables en sus labios: "El juez es la ley: un juez bueno, aun con leyes malas dará sentencias justas; un magistrado inicuo, aunque las leyes sean inmejorables, cometerá mil injusticias."

Perdonadme si cito tales palabras en este lugar santo, y permitidme fomentar la esperanza de que, buenos como sois, y amigos en lo particular, muchos de vosotros, de vuestro Pastor, todas vuestras disposiciones serán justas y sabias, y que á mis palabras de paz corresponderéis siempre con actos de justicia y benevolencia.

Ni creáis que á vosotros os negaré la paz, heterodoxos que pacíficamente venís á nuestro suelo. Bien lo saben vuestros hermanos. En dondequiera que me han buscado han hallado benevolencia y aun amistad; y no las negaré en adelante ni aun á aquellos que vengan á cuidar su propia pequeña grey.

Pero á los seudo-misioneros, que descuidando sus rebaños vienen á seducir á nuestros compatriotas y fieles, que, mientras en su país no pueden oponerse á los progresos del catolicismo, vienen al nuestro, no á convertir infieles, sino á pervertir cristianos, á sembrar la división y á encender el fuego de injustísimas persecuciones, á ellos la paz y el deber exigen que se haga guerra sin descanso; seguiré siendo, como en todas partes, su martillo, y esgrimiré contra ellos este cayado, cual lanza robusta.

Pero no, báculo mío, báculo precioso, que hace catorce años me entregara el Pontífice Pío IX de imperecedera memoria. Este pueblo fiel no permitirá que en él se introduzcan lobos carnívoros, ni sufrirá que la unidad católica se desgarre. No tendrás aquí perversos que castigar, ni perezosos á quienes servir de aguijón. Sólo para atraer blandamente á mis ovejas quiero empuñarte, sólo para conducirlos á pastos saludables quiero esgrimirte. ¡Oh! Si aquí también has de servir de instrumento de guerra, rómpete más bien en mil pedazos antes de salir de este templo, y no agobies con tu peso mis manos que quieren únicamente derramar bendiciones sobre el clero y el pueblo aquí congregados, y sobre toda la diócesi.

